

## LA RIVISTA DEL MANIFESTO

*Publicamos a continuación el artículo en el que Lucio Magri, editor de La Rivista del manifesto, anunciaba la desaparición de la publicación en diciembre de 2004. Magri, que se afilió al Partido Comunista Italiano a mediados de la década de 1950, se reveló en seguida como el más original de sus jóvenes pensadores, escribiendo ensayos críticos sobre el Frente Popular, el partido revolucionario (véase NLR I/60, 1970) y el impactante volumen sobre la Francia de 1968, Considerazione sui fatti di Maggio. En 1969 fue expulsado del PCI junto con el grupo de disidentes –Rossana Rossanda, Luigi Pintor, Luciana Castellina y Aldo Natali, entre otros– que había fundado el diario Il Manifesto, considerado como una amenaza por parte de sus dirigentes. Tras permanecer en activo como parte de la izquierda independiente y del movimiento pacifista durante las dos siguientes décadas (véanse sus artículos «Peace Movement and European Socialism», NLR I/131 [1982], y «The European Left between Crisis and Refoundation», NLR I/189 [1991]), Magri se convirtió durante algunos años en dirigente de Rifondazione Comunista tras la disolución de PCI en 1991. Cuatro años después, abandonó RC cuando ésta se negó a apoyar al gobierno de Dini, creado después de que la Liga Norte abandonara el primer gobierno de Berlusconi. En 1996, tras una ajustada victoria electoral, el centro izquierda llegó al poder.*

*Fue durante el gobierno de Prodi, que en un principio recibió el apoyo parlamentario de RC, cuando los veteranos de Il Manifesto, en colaboración con el dirigente de RC Fausto Bertinotti y antiguos intelectuales del PCI como Pietro Ingrao y Aldo Tortorella, recrearon la revista mensual de la década de 1960 con el nombre de La Rivista del manifesto (para distinguirla de la publicación diaria), con Magri como editor. Fue un éxito inmediato. La combinación de rigor intelectual y conexión con los movimientos políticos reales la hizo virtualmente única en Europa durante este periodo, consagrándola como una revista con una voz propia y significativa dentro de la política de su país, y sin nada que ver con el capital. Su cierre supone una gran pérdida para la izquierda internacional.*

*En el fondo yacen dos novedades. Por una parte, las tácticas de algunos componentes del centro izquierda italiano y de RC, consistentes en manio-*

*bras individuales dirigidas a obtener una posición de ventaja en un gobierno pos-Berlusconi, que al mismo tiempo han minimizado la discusión sobre lo que este gobierno debería hacer. Por otra, el descubrimiento repentino por parte de Bertinotti y de Ingrao, patriarca del extinto PCI, de que la historia del siglo xx –y, con ella, toda la tradición teórica comunista– ha sido una ilusión fatal, cuya principal lección es que la izquierda debe abjurar para siempre de cualquier clase de violencia. Frente a esta doble abdicación, Magri explica en un texto de notable calma y dignidad por qué el proyecto de la revista tal y como él la concibió se ha vuelto insostenible.*

## PALABRAS DE DESPEDIDA

*La Rivista del manifesto* se encuentra en una crisis tan seria que sus fundadores y su editor han decidido suspender su publicación. No se trata de una crisis financiera: seguimos vendiendo más de ocho mil copias de cada número y nuestro déficit es lo bastante pequeño como para poder superarlo fácilmente, incluso sin la ayuda de la publicidad o de las subvenciones públicas. El espectro político de público al que la revista se dirige sigue existiendo y continúa interesado en los mismos temas que preocupan a los editores. De modo que ¿a qué nos referimos cuando hablamos de crisis y por qué sentimos que ésta pone en cuestión el proyecto de la revista? Desde mi punto de vista –al menos tal y como están las cosas– la revista ha agotado el «impulso que la motivaba», por razones que son a la vez objetivas y subjetivas. *La Rivista del manifesto* sigue siendo un producto de calidad –«muy interesante», como se dice a menudo– pero se ha convertido en una herramienta inadecuada no sólo para sus propias ambiciones, por poco realistas que éstas puedan haber sido, sino también para las necesidades actuales.

La revista fue lanzada como iniciativa política en 1999 por un grupo de gente con una variedad de trayectorias y tradiciones en ocasiones en conflicto, y siempre se ha nutrido de un amplio y variado equipo de colaboradores. Pero no decidimos trabajar juntos por casualidad, o sobre la base de un mínimo común denominador de acuerdo, algo que supondría un mero desdén por el estado actual de cosas. Más bien, compartíamos un discurso común de análisis y expectativas, ideas y propuestas, que necesitaban ser puestas a prueba y desarrolladas, pero que nos dieron una mínima identidad colectiva. Ésta podría resumirse en tres puntos, que, en el momento en que se fundó la revista, no se daban por supuestos en el ámbito de la izquierda.

1. Había emergido un nuevo orden –neoliberal y neoimperial– a partir de dos rupturas cruciales: el hundimiento del socialismo realmente existente y la reorganización del capitalismo a partir de una nueva revolución tecnológica. ¿Qué implicaba esto? Una dominación omnívora de la economía sobre cada área de la vida; la dominación, a su vez, de la economía por el mercado, y del mercado por enormes empresas multinacionales y conglomo-

merados financieros; la supremacía incontestada de una sola gran potencia, con un entorno de aliados subalternos y nuevas formas de colonización en el mundo en vías de desarrollo; la decadencia de la democracia política, debilitada por la transferencia del poder a instituciones ajenas a cualquier control popular y el agotamiento de su sustancia interna.

Desde el inicio, se hizo evidente que este nuevo orden mundial implicaba costes enormes, exacerbando cada una de las contradicciones materiales del capital que nos resultan familiares –desigualdad, exclusión, inestabilidad– y añadiendo nuevos males: la degradación cívica, moral y medioambiental. Quedaba igualmente claro que éste no era un precio temporal que hubiera que pagar por el progreso. Se trataba de tendencias de larga duración y en proceso de consolidación. Era ya posible prever los síntomas y mecanismos que pronto complicarían el funcionamiento de este sistema, causando crisis económicas y conflictos geopolíticos, provocando el recurso a las guerras y a formas más abiertas de autoritarismo. En esta agenda no se encontraba, por decirlo en términos de moda, una «sociedad de dos tercios» que para garantizar una existencia privilegiada o al menos la seguridad para la mayor parte de la población mundial, sacrificaba y excluía temporalmente al otro tercio, cuyo rescate final podría confiarse al desarrollo económico. La realidad era que este orden amenazaba el bienestar, la estabilidad y la existencia cívica, incluso la satisfacción de las necesidades básicas, de muchos individuos y pueblos. En nuestro escenario nacional eso quería decir que la tarea no consistía, como sostenía la izquierda institucional, en hacer de Italia un país «normal». Consistía en cuestionar la «norma» internacional para la que Italia estaba tan mal preparada, aun estando condicionada por ella.

2. No menos formidable que sus contradicciones resultaban la fortaleza y la estabilidad del nuevo orden global. Éste poseía un poder tecnológico, financiero y cultural abrumador, así como una enorme fuerza militar. Había adquirido nuevos modos de cooptar, manipular, atomizar o incluso reprimir aquellas fuerzas que, sufriendo su dominio, se atrevieran a resistirse a él. Se había liberado de las restricciones que le había impuesto el movimiento obrero, entendido éste, cualesquiera que fueran sus virulentas divisiones, como la totalidad de las clases, tradiciones, organizaciones y Estados que habían luchado contra el sistema capitalista, dejando su huella en todo un siglo, y que ahora había entrado en crisis como sujeto político.

Éstas eran las condiciones en las que había nacido la Tercera Vía: la idea de que el nuevo orden mundial podía y debía ser aceptado aunque sus defectos más evidentes fueran mitigados, garantizando incluso la libertad de mercado. Sus defensores hablaban de reformas limitadas para redistribuir una mayor cantidad de riqueza, de controlar la degradación medioambiental mediante medidas que no afectasen a la producción, de reemplazar un ahora demasiado costoso Estado del bienestar universalista por la igualdad de las oportunidades de competición vigentes para todos y un

poco de protección para los perdedores. La política reviviría mediante el fortalecimiento del poder ejecutivo, el gobierno mundial quedaría asegurado mediante un amplio concierto de las potencias dirigentes, y la paz y la democracia mediante intervenciones militares humanitarias amparadas por la ONU. Ésta era una visión abocada al fracaso; una visión que no sólo infligiría repetidas derrotas al centro izquierda, sino que además minaría sus bases de apoyo y destruiría su moral.

Pero las mismas condiciones que hacían vanas las ilusiones de la Tercera Vía hacían también inútil cualquier perspectiva de oposición efectiva al nuevo orden mediante la contestación desde abajo, basada en el crecimiento molecular de experiencias y valores alternativos de los movimientos sociales, que ni pretendían afectar ni afectaron a las decisiones económicas fundamentales o a las estructuras de gobierno institucionales. Y es que los peligros de la época eran demasiado grandes como para permitirse una estrategia a largo plazo y el poder del sistema era demasiado pervasivo como para no dirigir y contener el crecimiento de tales movimientos. Los mismos temas que éstos habían suscitado eran tan amplios y complejos que necesitaban más que nunca de fuerzas y recursos a una escala adecuada como para resolverlos.

3. Basándose en estas consideraciones, *La Rivista del manifesto* se fundó alrededor de la idea de un objetivo a medio plazo. Nos encontramos ante el resurgimiento del capitalismo bajo una nueva forma, libre ya de muchas de sus ataduras tradicionales. Resistirse a él implicaba atacar muchas de las ideas dominantes y de las estructuras de consenso de nuestra época. Pero no se daban las condiciones para una subversión rápida o global del sistema. El objetivo que resultaba urgente y quizá alcanzable era una reforma radical de éste: algo similar en espectro y alcance, aunque distinto en propósitos y medios, a la transformación de las relaciones sociales, las instituciones políticas los acuerdos internacionales y el sentido común que alcanzaron un amplio frente de fuerzas y luchas a mediados del siglo xx. El objetivo era, en resumen, una alternativa programática, no una mera alternancia de gobierno.

Si he hecho hincapié en el «quizá», no ha sido por mera prudencia, sino para indicar una contradicción real. Por una parte, tenemos a nuestra disposición las fuentes materiales e intelectuales necesarias para asegurar un bienestar más universal, una mayor calidad de la vida individual y colectiva y una reducción radical del recurso a la violencia en todo el mundo. Además, el espectro de fuerzas sociales y tradiciones culturales con un interés potencial en una transformación radical del sistema ha aumentado y ha conseguido nuevas formas posibles de entenderlo. Por otra parte, todo está por hacer en lo que se refiere a dar una forma concreta a semejante transformación, a los medios para conseguirla, al esbozo del nuevo bloque histórico que habrá de estar detrás de ella. Los programas sólo se desarrollan a través de la lucha social y política, que puede ofrecerles coherencia y visión, desde la presión de los movimientos a la acción de

los gobiernos; y los mapas de ruta, las alianzas, los objetivos básicos y los compromisos aceptables evolucionan inevitablemente con las circunstancias. Todo esto estaba y sigue estando en sus inicios. *La Rivista del manifesto* se fundó para dar un apoyo modesto a este proceso esencial, aunque sólo fuera persuadiendo a la izquierda de la necesidad, que todavía tenía que reconocer, de una política de ambición a la vez radical y realista.

### *La nueva coyuntura*

Mucho ha llovido en el curso de los cinco años de existencia de la revista. La burbuja financiera de finales de la década de 1990 ha explotado, y la ha sucedido una crisis económica que, si bien no es dramática, y aunque su incidencia es desigual, se ha mantenido, implicando serias consecuencias para Europa, sobre todo en Italia. Paralelamente, la guerra ha vuelto a escena, primero en los Balcanes, después en Oriente Próximo, y ahora teorizada y legitimada por Washington como choque de civilizaciones y respuesta al terrorismo. La mayoría de los gobiernos de centro izquierda han sido derrotados en las urnas y está en marcha una nueva ola de «reformas» neoliberales que reducirá aún más la seguridad del trabajo y los beneficios sociales. Al mismo tiempo, por otra parte, un movimiento mundial de oposición, radical en las formas y de aspecto plural, ha supuesto la llegada de nuevos sujetos sociales a la política, sujetos que tratan una amplia gama de temas y desarrollan nuevas formas de organización desde abajo. En sus momentos de máxima fuerza, cuando ha estado en juego el problema de la guerra y la paz, ha movilizado fuerzas aún mayores –sindicatos, intelectuales– y no ha carecido de influencia en dirigentes de grandes países y de las iglesias. En esto, Italia ha estado en la vanguardia.

Así, a pesar de los grandes peligros, las tragedias y los costes sociales, el periodo ha visto también oportunidades para la creación de nuevas alianzas y una reconstrucción de la izquierda. En este sentido, las expectativas de los fundadores de *La Rivista del manifesto* se han confirmado, incluso si la velocidad y la escala de los acontecimientos en ocasiones nos han cogido por sorpresa. Hemos descifrado la coyuntura sin simplificaciones ni exageraciones y hemos sugerido respuestas políticas a ella que han obtenido cierta aceptación; no, como describiré más adelante, gracias a nosotros. Una serie de cambios quedarán como hitos duraderos de estos años. La ideología hegemónica ha perdido apoyo. Los movimientos sociales no desaparecerán. Algunos sindicatos se han revitalizado. Las fisuras en las alianzas internacionales reinantes han comenzado a ser visibles. Los cambios de gobierno en algunos países –por ejemplo, en Brasil y en India– pueden abrir paso a otros.

Pero si hacemos balance del ciclo histórico que está ahora terminando, las perspectivas a corto plazo no son tranquilizadoras. El círculo vicioso de la guerra y el terrorismo causa estragos sin amainar. Las tragedias de Iraq y Palestina se han profundizado. Las dificultades y limitaciones de las refor-

mas en India y Brasil han quedado claras. Están también la crisis irresuelta y la evolución ambigua de Rusia y el papel de China como interlocutor económico, aunque también como rival potencial de Estados Unidos. El éxito del centro derecha en las elecciones europeas y su reflejo en la nueva constitución europea han modificado ya las relaciones laborales, el gasto social y el ritmo de las privatizaciones. Todo esto ha quedado sellado con la victoria republicana en las elecciones estadounidenses. La situación italiana ofrece poco consuelo: Berlusconi parece estar en crisis, pero sólo después de hundir la economía y deshacer la Constitución.

Contra este fondo, los movimientos de oposición ya no crecen con rapidez, sino que luchan por mantener su base. Buena parte de la izquierda institucional ha reconfirmado su línea timorata y su actitud conformista. La izquierda alternativa ha ocupado de forma desinteresada su lugar en los nuevos movimientos sociales, pero no ha progresado de forma suficiente en cantidad, calidad o unidad para ofrecerles un liderazgo. El proyecto de la revista no se ha correspondido con la realidad en lo que se refiere a las fuerzas en juego. Éramos demasiado impacientes y teníamos demasiadas esperanzas: no hay a la vista ninguna perspectiva de un frente amplio de reformas. De momento, todo lo que se puede hacer es tratar de abrir brechas aquí y allí. Sin embargo, esto no justificaría de por sí la suspensión de nuestro empeño; en principio, de hecho, podría fortalecerlo. Sería, después de todo, importante para *La Rivista del manifesto* analizar cómo y por qué, tras tanto gasto de energía, los logros han sido tan magros; valorar el papel de las circunstancias objetivas y de las responsabilidades subjetivas de los distintos actores sociales y políticos durante estos últimos años, y sacar lecciones del periodo, como una revista independiente puede hacer libremente.

### *Un programa de izquierdas*

El hecho, sin embargo, es que las decisiones que debíamos tomar y los juicios que debíamos hacer de forma urgente nos han obligado a enfrentarnos en cambio con la cuestión de qué tipo de revista queríamos producir: una comprometida directamente con las luchas políticas o una dedicada principalmente a los tipos de investigación y análisis que pueden sostenerlas de forma indirecta. Éste fue un debate que tal vez podríamos haber resuelto con una reorganización editorial, introduciendo nuevas fuerzas y formas de trabajar juntos. No conseguimos hacerlo. En la práctica, eso llevó a algunos a seguir (de forma legítima) con otras actividades políticas, delegando todavía más la producción real de la revista en el consejo editorial. El efecto no deseado fue un debilitamiento del carácter de la revista como empeño colectivo. Todos colaboradores, todos caballeros<sup>1</sup>. Ésta es la razón por la que, hace algún tiempo, pedí que

---

<sup>1</sup> En castellano en el original. [N. de la T.]

hubiera una rotación en el cargo de coordinador sin que ello implicara que hubiera ninguna crisis en aquel momento en la revista. Más recientemente, sin embargo, han surgido entre nosotros desacuerdos políticos y culturales serios. Es mi deber dar cuenta de ellos y ofrecer mi propio punto de vista, de forma respetuosa pero franca.

Comenzaré con la cuestión de la mejor forma de intervenir en la situación política italiana actual. Tras las elecciones europeas de 2004, todos estábamos de acuerdo en que hay dos temas esenciales y conectados que discutir. El primero es el procedimiento, carácter y dirección de la nueva coalición que debemos construir, capaz de derrotar y reemplazar al gobierno de centro derecha. Después de muchas vacilaciones e incertidumbres, y, aunque sólo fuera porque no veían otra alternativa, los partidos políticos de la oposición han admitido al menos la necesidad no sólo de unirse en una alianza electoral, sino también de aceptar la responsabilidad de gobernar en coalición sobre la base de un programa común y un líder de consenso. Aquellos que, como nosotros, han defendido esta convergencia no pueden dejar de considerar un movimiento importante en la dirección correcta, al que esperamos haber contribuido. Ahora que se ha tomado la decisión, va a ser difícil dar marcha atrás. Ya ha llevado a una forma mucho más combativa de hacer oposición al gobierno; se ha producido un acuerdo para una campaña de movilizaciones y ya se ve el fruto en las encuestas. Habida cuenta de los problemas de Berlusconi en su propia coalición y en todo el país, no resulta insensato creer que al fin podemos librarnos de él.

Mucho menos tranquilizador resulta, sin embargo, lo que pueda suceder después. Gobernar con una alianza de fuerzas e intereses, cada uno distinto del otro, es siempre difícil. La gravedad de la situación que tendrá que afrontar cualquier nuevo gobierno en Italia va a hacerlo aún más difícil. Habrá que tratar de reparar el daño hecho por Berlusconi, lo que significa decidir si, hasta qué punto y cuándo, echar atrás leyes aprobadas por él. Habrá que decidir cuándo y cómo se producirá una redistribución de los ingresos –urgente tanto por razones de igualdad social como para reavivar la producción– en unas condiciones en las que las finanzas públicas han sido desmanteladas. Tendrá que llegarse a un acuerdo y poner en marcha políticas económicas y formas de intervención estatal que inviertan el declive industrial y generen nuevas prioridades de crecimiento. Y estas políticas tendrán que dar resultados rápidos. Tendrá que disponerse una política internacional que rechace nuevas guerras, sean éstas «preventivas» o «humanitarias», ayude a resolver los conflictos existentes y ayude al desarrollo económico en los países pobres. Todo esto tendrá que acometerse desde las restricciones de los acuerdos internacionales, el chantaje de los mercados financieros y la falta de cualquier respaldo europeo.

No sólo no existe todavía ningún programa de este tipo, sino que ni siquiera se ha iniciado ninguna discusión seria al respecto. Y no deberíamos sorprendernos por ello. La reticencia a enfrentarse a estos temas pendientes se basa en el miedo a que las diferencias existentes entre los distintos partidos



de la oposición puedan dañar las perspectivas de éxito en las elecciones. La coalición carece, de hecho, de ideas o de voluntad para concretar los compromisos necesarios para ajustar la totalidad de las posiciones en liza y delimitar los principios irreductibles por los que cada uno de sus miembros se podría sentir representado. De modo que el realismo político aconseja: «ya nos preocuparemos de todo eso más tarde». Hay quien dice abiertamente que la dinámica del movimiento impondrá decisiones y tareas cuyo consenso no se puede asegurar por adelantado. Cuando se les presiona, otros admiten pensar que la ruptura del bloque que apoya a Berlusconi creará por sí misma, si es necesario, una «mayoría sustitutoria»<sup>2</sup>. Desde ese punto de vista, cuánta autoridad tenga el hipotético líder de la coalición para mediar en los previsibles desacuerdos se convierte en una cuestión vital.

Pero aquellos que, como nosotros, no tienen responsabilidades políticas directas en esas materias se encuentran atrapados en una contradicción paralizadora, o al menos restrictiva. ¿Hasta qué punto podemos hablar con franqueza de los aspectos positivos y negativos del centro izquierda sin minar una lucha común? ¿Hasta qué punto y cuándo es apropiado criticar a fuerzas políticas que nos son próximas y que apoyamos, criticar, por ejemplo, su reticencia a diseñar un programa explícito o la cuestión surrealista de la celebración de unas primarias para elegir al líder de la izquierda? Estos dilemas propician una suerte de autocensura que parece que podría durar hasta las próximas elecciones y que no puede sino hacer a nuestra revista marginal e ineficaz, frustrando cualquier definición de un programa político, atrapándola entre lo mínimo y lo inalcanzable.

### *Sobre la unidad*

Este problema está vinculado con otro: la unidad práctica de las fuerzas de la izquierda radical. Éstas representan, para bien o para mal, el 13 por 100 del electorado italiano y aún más en el plano social. Si en lugar de insistir en actuar de forma separada y mantener sus manos libres para el futuro, trabajaran juntas para dar forma al programa de la coalición y contribuir a la formación del próximo gobierno, podrían asegurarse cesiones significativas de sus socios y acabar con cualquier ilusión futura de una «mayoría sustitutoria». Esto sería fácil de lograr: existe un acuerdo virtualmente total sobre la mayoría de los temas de actualidad (la guerra, los derechos, la política fiscal). Pero este acuerdo permanece bloqueado no sólo por la persistencia de animadversiones del pasado o por la mera necesidad de todos los grupos dirigentes de mantener su visibilidad. La principal dificultad reside en la indecisión común a la hora de dejar claro dónde ser intransigente y dónde aceptar compromisos dentro de la coa-

---

<sup>2</sup> La frase se refiere a la idea de que el centro izquierda podría prescindir de Rifondazione buscando aliados de centro derecha tras una ruptura de la coalición de Berlusconi causada por una derrota electoral.

lición, y después defender estas decisiones ante una base que no está preparada para ello y ante movimientos de masa que desconfían de forma comprensible ante cualquier maquinación política.

Casi todo el mundo está de acuerdo hoy en día en la necesidad de una coordinación de la izquierda radical y ya se han dado algunos primeros pasos positivos con la propuesta de Bertinotti de un «contenedor» y la de Asor Rosa de una asamblea autoconvocada<sup>3</sup>. ¿Cómo podríamos no apoyar estas propuestas cuando hemos insistido desde hace tiempo en la necesidad de iniciativas de ese tipo? Aun así, si queremos actuar con seriedad, primero hay que reconocer y superar los obstáculos que existen en este camino; en caso contrario, la empresa podría pararse en seco, como ya ha sucedido en el pasado. ¿Cómo evitar este parón? Es sobre este tema sobre el que ha surgido un desacuerdo en *La Rivista del manifesto*. Algunos camaradas sostienen, de una forma más o menos forzada, que si la izquierda radical quiere tener alguna representación política y dirección coherente, no le queda más remedio en las circunstancias actuales que reconocer a Rifondazione Comunista como su polo de referencia y como fuerza conductora. Esto implicaría nuestro apoyo «sin reservas» a los esfuerzos de Bertinotti por abrir y renovar su partido.

Yo y otros pensamos de una forma algo distinta. Estuve implicado personalmente en la creación de Rifondazione y, a pesar de las posteriores y serias diferencias con el partido, siempre lo he votado. Defendí que Bertinotti formara parte del consejo consultivo de *La Rivista del manifesto*, en la que ha participado de modo continuado valiosamente. Reconozco que el partido es la principal fuerza de la izquierda radical y aprecio su presencia en el movimiento por una globalización alternativa. Nunca se me ocurriría sugerir que Rifondazione debería cambiar de nombre o disolverse como partido. No creo, sin embargo, que pudiera a corto plazo representar los intereses de la totalidad de la izquierda radical, incluso si consiguiese crecer en fuerza y abrirse a nuevas ideas. Y es que existe una amplia y más variada área de opinión, parte de ella dispersa y parte organizada, que todavía gravita en torno de los Democratici di Sinistra (DS) y que no sabe qué dirección tomar. Existen otras formaciones políticas menores que, aunque puedan no gozar de buena salud, todavía suman una buena mitad de ese 13 por 100 en las elecciones. Hay sectores importantes entre los sindicatos, los ecologistas y el movimiento pacifista que simpatizan con la autonomía. Y todavía se mantiene un debate dentro de Rifondazione al que no debería permitírsele que abriera nuevas heridas.

No basta con pedirle a estas fuerzas su apoyo u ofrecerles algún tipo de convergencia gradual, por no hablar de una delegación *de facto* de su

---

<sup>3</sup> La propuesta de Bertinotti consistía en una alianza que pudiera «contener» una gran variedad de partidos y asociaciones. Alberto Asor Rosa, influyente historiador de la literatura y profesor de la universidad romana de La Sapienza, propuso una asamblea permanente de la izquierda radical.

liderazgo en Rifondazione. No funcionaría. Para que estas fuerzas se unan en un pacto serio de acción común –no en una mera tertulia– algo tiene que cambiar, de forma rápida y demostrable, en todos y para todos. En la medida en que Rifondazione es la mayor fuerza organizadora de esta izquierda, y para ayudarla, deberíamos ponerle dos requisitos: que sus cambios de línea política se adopten de forma menos repentina y tras una mayor discusión, y que el liderazgo del partido esté menos concentrado en su secretario general. Son dos cambios sin los cuales los movimientos, que ya desconfían de la operación de participación en el gobierno y de la política en general, no querrán implicarse. Estas fuerzas quieren ver un nuevo modo de hacer política, no sólo oír hablar de ella.

Sobre estas cuestiones políticas inmediatas no es imposible reconciliar las distintas posiciones que he descrito. El sentido de responsabilidad de todos los implicados en *La Rivista del manifesto* ha asegurado que no se produzcan intercambios polémicos en sus páginas o ha hecho que quienes se encargan de editarla medien entre ellos sin comprometer sus propias convicciones. Aún así, no cabe duda de que en el espacio público nuestras posturas han sido percibidas como posturas en conflicto y nuestras diferencias han resultado evidentes. Y eso basta para impedir que una revista como la nuestra, dentro de los límites de su competencia, pueda cumplir la función para la que fue fundada: hacer política y no sólo hablar de política. La gente bienintencionada podría creer que basta con lo segundo. Yo no. La revista necesita más unidad, más convicción, más autonomía.

### *Una refundación más amplia*

Sin embargo, el tema con el que llevamos más tiempo luchando, y el que al final nos ha dividido, va más allá de la política a corto plazo. Puede describirse como el reto de refundar –en la medida en que esté en nuestra mano– un tipo de pensamiento y un sujeto político capaces de ofrecer un balance verosímil y racional de la historia que tenemos a nuestras espaldas, una interpretación total de un presente que continúa siéndonos poco familiar y una visión del futuro distante a la que podamos aspirar sin ilusiones utópicas. Semejante proyecto sería similar, en otras palabras, al que tuvo lugar durante el siglo xx dentro del marxismo y del movimiento obrero. Estoy hablando no sólo de «valores», ni de una ideología (un término ambiguo); más bien, me refiero a una visión que asiente los valores en un contexto y anime un «movimiento real».

La izquierda institucional no siente ninguna necesidad de este proyecto. Se ha convertido en una máquina electoral cuyo *ethos* y horizonte se limita al corto plazo. Incluso cuando proclama nobles valores, es incapaz de cuestionarse a qué clase de mundo distinto podría servir su victoria, y se limita a preguntarse cómo debe actuar para ganar. Al alimentarse de ideologías e individuos proporcionalados por el sistema actual, esta izquierda rechaza como ineficaz y peligroso –como «grandes narrativas»– todo aque-

llo que la trascendería o que buscaría en la historia y la sociedad los contornos de una alternativa potencial para el futuro. Desde este punto de vista, la Ilustración y el marxismo han sido meras proyecciones de la religión, algo que aceptar en el mejor de los casos con escepticismo, nunca como elementos fundadores de una política, ya que ésta es esencialmente un asunto de técnica y administración.

Para que la izquierda alternativa se constituya como sujeto político en sentido estricto hace falta mucho más. Hace falta que sea capaz de aislar las tendencias a largo plazo y los problemas que encontramos en la historia e identificar a los agentes, necesidades y recursos que se dan en ella y que ofrecen la esperanza de que se produzca un avance cualitativo en la civilización y un proyecto alternativo de sociedad, esto es, un bloque histórico capaz de llevarlo a cabo. El hundimiento del socialismo realmente existente y el eclipse de la socialdemocracia, así como de cualquier otra forma de socialismo, ha dejado al contrario un vacío que ha sido rellenado con un espontaneísmo que niega la necesidad de la política en nombre de una fe acrítica en la revuelta de la «multitud». Esta creencia no es más que una versión especular de la fe en el progreso: neoanarquismo contra neoliberalismo. Así, la izquierda alternativa, quince años después de 1989, continúa siendo una minoría dividida, oscilante entre el radicalismo y el *suivisme*.

La tarea, difícil, compleja, de reconstrucción de una izquierda política exige un «proceso constituyente» en el que las nuevas ideas puedan fundirse de forma coherente. Éste ya fue uno de los temas de discusión en la batalla en torno a la disolución de PCI en 1991. Más tarde, *La Rivista del manifesto* propuso una y otra vez ideas para ese proceso, especialmente después de 2001, cuando el centro izquierda se batía en retirada tras su derrota electoral y una crisis del sistema coincidía con una ola de protestas de masas en Italia. Entonces nuestras propuestas fueron acogidas con desconfianza por aquellos a los que estaban dirigidas. Más tarde, fueron rechazadas por la ilusión de que los movimientos sociales bastaban en sí mismos para resolver el problema, y todo lo que hacía falta era «disolvernos en ellos». Otros ensayaron caminos distintos: el agrupamiento que tuvo lugar de forma repentina, y de forma repentina desapareció, en torno a Cofferati<sup>4</sup>; la propuesta de un «Partido del Trabajo»; la fundación de tantas asociaciones como partidos hay. *La Rivista del manifesto* estuvo atravesada por cada uno de estos intentos y la unidad de sus editores sufrió sus repercusiones en distintos niveles. Hoy el tema de un «proceso constituyente» ha entrado por fin en la agenda política y ha pasado al saber general, incluso cuando la situación es mucho menos favorable para que se produzca. Al no tener ninguna pretensión de ostentar el *copyright*, sólo podemos alegrarnos de haber sido de alguna utilidad.

---

<sup>4</sup> Sergio Cofferati, antiguo secretario general del sindicato CGIL, que dirigió una protesta que movilizó a tres millones de personas contra la legislación laboral de Berlusconi.

Sin embargo, la dificultad más seria a la que se ha enfrentado esta revista deriva paradójicamente de esto. Cualquier «proceso constituyente» capaz de dar origen a un verdadero sujeto político, precisamente porque debe implicar cierta síntesis fértil de distintas historias y tradiciones, plantea un problema de identidad para sus participantes. Éste es un problema especialmente grave que afecta a *La Rivista del manifesto*, ya que nos ha bloqueado en el punto más controvertido. Y es que, en los últimos años, una corriente de revisionismo histórico e ideológico –que se representa el siglo xx como una montaña de escombros, la Revolución de Octubre y el marxismo como portadores de un virus totalitario, el partido organizado y el ejercicio del poder como algo que conduce a todas las formas de degeneración– ha ganado en intensidad y agresividad. Lo nuevo, sin embargo, es que este impulso revisionista ha penetrado en toda la izquierda. Esto ha ocurrido incluso en Italia, que a fin de cuentas puede presumir de haber tenido un partido comunista bastante peculiar, un partido que fue el arquitrabe de una democracia nueva y más avanzada y que trató de responder a los retos del cambio social que se producía a su alrededor sin renunciar a una perspectiva anticapitalista.

*La Rivista del manifesto* fue concebida para una tarea totalmente diferente: enfrentarse sin ninguna reticencia ni censura a la degeneración progresiva y el fracaso final de las revoluciones del siglo xx y tratar de buscar las razones subyacentes, y no sólo las condiciones históricas particulares, de aquel fracaso. Pero también salvar y preservar la contribución que esas revoluciones hicieron al progreso humano, progreso que se encuentra en peligro en nuestra época. Descubrir en los errores más lamentables las preguntas verdaderas a las que se dieron respuestas equivocadas. Y por último, pero no por ello menos importante, identificar y valorar las enseñanzas que la historia política y las tradiciones teóricas –Gramsci y un demasiado a menudo mutilado Marx– que el comunismo italiano puede ofrecer, en el método y en el mérito, para el análisis del presente y la proyección del futuro.

En resumen, no un deseo acomodaticio de seguir como hasta ahora ni una nostalgia sentimental ni el rechazo sumario de una herencia. Como comunistas críticos pero convencidos desde hace mucho tiempo, nos hemos comprometido con una larga aventura personal y colectiva. Hemos cumplido esta tarea durante los últimos cinco años, aunque haya sido con aplicación y éxito desiguales.

Últimamente, sin embargo –tal vez a causa de la fuerza de un viento que sopla con una intensidad tal que inhibe incluso a aquellos que se resisten a él–, han surgido entre nosotros diferencias fatales. Están aquellos que, de forma legítima, sienten –como una especie de deber de lealtad– la necesidad de una autocrítica más explícita y radical, una ruptura con un pasado en el que aceptamos compromisos y ante el cual fuimos demasiado débiles y precavidos como para oponernos a él. Mencionaré sólo el nombre de Pietro Ingrao, por la influencia que ha tenido, la autoridad que ostenta y la aspereza de *Il compagno disarmato*, su reciente libro-entrevista.

Otros –incluyéndome irónicamente a mí, a menudo un comunista apóstata– sienten, a la inversa, la necesidad y el deber de ir a contracorriente y de no cruzar la línea que divide la más dura de las críticas del rechazo total de la herencia comunista. No sólo por la importancia de las raíces, incluso cuando el terreno cambia y uno quiere injertar un nuevo brote en el tallo de la planta. Y no sólo por lo absurdo del hecho de que en una Italia en la que hemos asistido al revivir con tan sólo unos ligeros retoques de tantas tradiciones pasadas de moda y desacreditadas, la única tradición que se deba rechazar y exorcizar sea la de su comunismo, sino sobre todo porque creo que un análisis detallado y una historia contrafáctica de la tradición comunista y de su derrota es la tarea más difícil y más innovadora que puede emprenderse para propiciar el surgimiento de una nueva izquierda en un mundo nuevo.

En lo que a mí respecta, dudo seriamente de que tenga la capacidad intelectual o la energía suficiente para semejante tarea, y tal vez no sea aún tiempo de acometerla. Pero confieso que no querría liberarme de esa carga, aunque sólo sea como opción existencial instintiva. En cualquier caso, para un fanático inveterado de la salud como yo, promete servir de excelente gimnasia mental.